

o más bien *atrás*, porque ya no están en nosotros. Ahora el problema, iba diciendo, es que se tenía que marchar a estudiar a Madrid. Me lo esperaba, pero no creí que fuera a llegar tan pronto. Yo esperaba que fuera a Málaga, a unos cincuenta kilómetros de donde vivíamos, pero sus padres se opusieron. Creo que estaban empeñados en apartarla de mí con la excusa de que en Madrid disponían de un apartamento que podía utilizar y en el que, al año siguiente, se sumaría uno de sus hermanos. «¿Comprendes ahora? Si ella se va a Madrid y yo me quedo aquí, lo nuestro no durará: conocerá a otra gente, la frecuentará y poco a poco me verá como si yo viviera en otro continente.»

—Pero es verdad, vivimos en los bordes de un continente —dijo Guille un poco en otra parte, recordándome lo que era evidente, que vivíamos en el extremo sur de Europa y frente a África. Guillermo parecía esperar otras palabras mías y oía mis quejas como quien oye llover.

—¿Crees que me voy a marchar?

—Sí —contestó lacónicamente.

—¿Y para qué si ya estamos separados? Hemos discutido hasta decirnos cosas increíbles. Estoy incluso avergonzado. No sé de dónde ha salido todo eso.

Guillermo me interrumpió para preguntarme si me iba a quedar a cenar, y que si era así era mejor que cruzara la calle y le dijera a mi prima que no era necesario que viniera a preparar nada, que cocinaría yo mismo. «Tengo un par de pescados en la nevera, ¿sabes?, y me gusta cómo lo preparas tú al horno. ¿Te apetece?»

Nos levantamos y fuimos a la cocina a preparar el pescado. Guille estaba a mi lado y hablaba despacio de algo que no lograba yo saber bien qué era. La verdad es que tenía una gran habilidad para eso, para hablar de cosas que a uno le entretienen, pero no podría repetir. Creo que hablaba en jitanjáforas. Mientras tanto yo buscaba las especias, cortaba los tomates y las cebollas y disponía el pescado para meterlo al horno. Estaba atardeciendo muy despacio, como si el sol dudara de marcharse. Le oí decir que era mejor que me trasladara a Madrid, no sólo por lo de Julia, aunque también por ella, sino en general: allí podría encontrar un buen trabajo, tal vez de lo mismo o quizás en otra cosa. «Haz lo que sea, caramba, pero no pierdas a Julia. Es muy joven y aún la vida da muchas vueltas, pero yo creo que es una mujer de verdad, ¿sabes, niño? Vuestros desarreglos son tonterías, tonterías importantes, por supuesto, pero no tan graves. Estáis creciendo juntos. Yo, a mi edad y desde hace tiempo, soy el mismo, o todos mis mismos posibles; pero vosotros tenéis visitas todos los días y no siempre sabéis quién es el anfitrión y quién el invitado.»

Yo no estaba de acuerdo: me veía a mí mismo muy entero, sabiendo bastante bien quién era y qué quería. Mis deseos eran claros y sabía querer lo que quería.

—Pero las cosas no están muy sólidas, ¿no?

—Sí, pero no es culpa mía. Por mí todo iría bien; yo no me hago demasiados líos.

—Pues ahora parece que tienes uno.

Le argumenté que no era un problema personal sino situacional, accidental. No tenía que ver con mi personalidad sino con mis circunstancias.

—¡Que te lo crees tú! —dijo con fiereza algo teatral pero insistente.

—¿Cómo dices?

II

Nada parece muy sólido. Cuanto más nos inclinamos hacia lo cierto e inmutable, más vértigo y agitación hay en nosotros, y creyendo en la infalibilidad de nuestro objeto, ignoramos la constante transformación que acoge esa desdichada y humana esperanza. ¿Hay algo que no cambia en el movimiento o quizás algo que al cambiar insiste en ser lo mismo? No lo sé. Crecer suele ser un desconcierto, sólo que en mi caso, el concierto era más exactamente un dato que la conciencia me arrojaba por su ausencia, por su reverso, y yo lo proyectaba ante mí por la fuerza del deseo. Alguna vez, en otro tiempo o en otro lugar, en otra lengua o en un etcétera que se aleja más allá de la historia y parece, sin embargo, estar aquí, compartiendo esta tarde de invierno habitada por el discreto ajeteo de los pasos y las voces lejanas de un edificio de viviendas en la ciudad de Madrid. No a los veinte años, pero ahora sí siento que la palabra certidumbre, o incertidumbre, según el caso, es una de esas palabras que la lengua otorga como hallazgo de concordancia semántica y fónica. La primera parte es lo suficiente fuerte como para clavarse en la tierra y aguantar alguna ventolera. Suena a tierra labrada, a árbol estriado. La segunda parte, esa *dumbre* estival, es la sombra de la primera, su proyección sobre la conciencia lúcida y compasiva. No hiera, suspende o relativiza, como si, sin dejar de creer en ello, viviera sin hacerse ilusiones sobre la solidez de lo cierto, y, por otro lado y no menos importante, mantuviera una ilusión sobre la quilla fugaz del presente. Certidumbre. Un poco de luz y un poco de sombra: la luz que arroja la sombra que ha sabido descender a la raíz; la sombra que proyecta toda verdad, como si sólo pudiera existir en su afirmación como negación, a su vez, de otra cosa. Tener sólo certezas es tener conciencia de la imposibilidad de una rigurosa verificación de lo que sea. La noción de verdad tiene que ver con la identidad y con lo uno; la certeza, con la analogía y la diversidad. La primera supone la anulación de las certidumbres temporales, históricas, o dicho con otras palabras, narrativa, en

pos de una verdad para todos. La segunda postula el tiempo y la historia, la errancia, un ir de presencia en presencia y de ausencia en reticencia, en los pliegues de la voz, del tacto, sobre la orografía cambiante de los días.

Todo esto tiene que ver con el hecho mismo de las palabras, al menos en lo que supone de conciencia conflictiva. Recuerdo que comencé a escribir como quien se cita a sí mismo para más tarde; algo así como el diálogo con un yo futuro: la escritura como confirmación de un rostro, una exploración no tanto de lo que pudiera haber vivido como de la misma conjetura del libro, de lo que iba a ser. Yo estaba allí, en mi adolescencia, pero al mismo tiempo estaba en otro lugar, en otra casa, una casa a la que faltaba el techo o el suelo, la pared frontal o las ventanas, una casa apalabrada, como se dice que alguien tiene apalabrado tal o cual trato. Una casa hecha de palabras. Abro su cuaderno, abro mi cuaderno, despierto a mi palabra con la suya: el yo presente que es su conjetural «yo» futuro, dibuja otra conjetura: quien ha sido. A los dieciocho años tenía memoria (ideal) de quien iba a ser; ahora, tengo memoria de lo que he sido, y ambos tiempos se cruzan en una suerte de paradoja. Entonces escribía para alcanzarme y proyectarme en ese futuro; ahora, en lo que se refiere a este aspecto, para alcanzarme en lo que fui en otro tiempo. Pero hay algo más: escribo en el presente, para el presente. De mi mano surgen signos que veo y oigo: suenan en el laberinto del oído, suenan en mi mente, se mientan en mi mundo, y confundidos ya con lo vivido, soñado o pergeñado, como la luz que hasta hace poco vibraba sobre el cristal de los ventanales, se vuelven invisibles. Por un momento caigo por una torre de sonidos. Déjalas ir, oigo que alguien dice en el flujo y reflujo de mi memoria. Déjalas ir.

Tío Guillermo me enseñó que era mejor dejarlas ir. Me dijo que había que recoger como un campesino en plena cosecha, pero que, con la misma pasión, había que dejar que las palabras y las cosas se fueran. «Nadie puede caminar con el peso de lo que ha visto, ni con los lazos de todo lo que quiere y de todo lo que malquiere, por eso hay que dejar que todo se vaya y dejarse ir. No te quedes con las palabras demasiado rato, porque no son para todo el tiempo.» Cuando le oía algo así, pensaba en lo triste que debía ser la vida de Guillermo, como si hubiera llegado a una profunda decepción respecto al valor de la vida. Sin embargo, tenía que constatar que Guille no había perdido el entusiasmo y que, lejos de entregarse a estados mórbidos del ánimo, solía tener buen talante. Al que le costaba aceptar esas premisas era a mí, porque estaba empeñado en adquirir algo sólido, de una sola pieza: una piedra, el amor, el sexo, los libros. Algo sobre lo que poder afirmar que la vida tenía al fin un rostro.

Es cierto: había encontrado a Julia. Pero saber que Julia era el sentido, nunca significó —de manera suficiente, quiero decir— que ese sentido fue-

ra una respuesta que resolviera mi pregunta. Ella era el sentido, pero al mismo tiempo, Julia era el otro lado del mundo, el lado tantálico de la realidad, opuesto a mi deseo: cercana lejanía, realidad que se desvanecía a mi menor distracción. Lo que ella era remitía más allá de sí misma, y también podía cerrarse y expulsarme al borde mismo de su presencia. Entonces era como no encontrar el lugar de una fiesta a la que nos sabemos invitados y quedar vagando por una ciudad ya vuelta fantasma. Como todo enamorado, mi aspiración callada era que me perteneciera. Como toda persona que ama de verdad, sabía que eso era imposible: que el objeto del amor es irreductible. Para poseerlo hay que cosificarlo y al hacerlo, la persona desaparece. Se dice «poseer» por hacer el amor, pero sólo se posee un cuerpo. El sadismo o la indiferencia: la cosificación de un alma. De ahí su virulencia o la lejanía: el impulso de negación de la violencia, que se ejerce, sin embargo, desde una conciencia acentuada del otro, pero bajo una tensión tanática; o la lejanía que deviene de la deserotización de la sensibilidad.

Nada en sí, nadie en sí: todos nos llevan a otra cosa. Esa traslación indica una carencia y, al tiempo, una posibilidad infinita: no habitamos del todo nuestro tiempo. Por eso se me ocurre decir que el objeto profundo de toda palabra no ha ocurrido.

Yo podría *simular* que hay una historia narrable donde el lenguaje no se pierde a sí mismo y la vida finalmente alcanza el honor de parecerse al ferrocarril, esa palabra llena de erres, sudor e hierro, moviéndose por un lugar de La Mancha que ya no recuerdo, por túneles inframundo, por aéreos pasillos rodeando quebradas donde los oh, oh, se suceden mientras abajo, allá, cerca de la cabaña de una rousseauniana criatura, varias cabezas de ganado vacuno, ven pasar la puntual narración de las seis de la tarde. El mundo está lleno de narraciones virtuales (como se habla de realidad virtual): alguien camina por un desierto, bebe o hace el amor y no ha hecho otra cosa (¿no ha hecho otra cosa?) que estar sentado en un sillón. Un doble del ensueño *a la carta*. ¿Os gustaría oír un bello cuento de amor y muerte?, pregunta Bédier y pregunta Denis de Rougemont, y se responde sin sonrojarse: «Nada en el mundo podría gustarnos más». Recuerdo, recuerdo, ¡pero ya no!, se acabaron los pájaros que cantaban como pájaros, se acabó la noche en que bailamos hasta el amanecer sin saber que bailábamos. La forma tiene que deshacerse, dice Herr Erzähler, o contener su propia pérdida de forma, las palabras han de perder el pie, pero —sin embargo, oh, sin embargo— han de continuar bailando. Baile con cojo, cojitranco, cojitando, cohitando, cuitando.